

BUEN HUMOR



URIBE

Dib. de URIBE.—Madrid.

- No sé por qué no quieres esperar a la señora de compañía.
—Porque estoy convencida de que nuestra *carabina* ahuyenta a los pollos.

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El colmo de un relojero.
Poner un reloj en el suelo para ver si anda.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ.

*En un examen de Historia de España.
EL PROFESOR. — Díganos usted algo de Witiza, y cómo murió.*

EL DISCÍPULO. — Pues Witiza..., a Witiza le pintó Mariana como disoluto y despota..., y murió asesinado por uno.

EL PROFESOR. — ¡Pronto lo ha matado usted!... ¿No se acuerda de nada más?...

EL DISCÍPULO. — ¡...!
EL PROFESOR. — Bueno. Díganos ahora algo de Sancho IV el Bravo.

(El discípulo empieza a hablar, y al cabo de los quince minutos se para, viendo que el Tribunal se está quedando dormido.)

EL PROFESOR (despertándose). — ¿Qué espera usted?

EL DISCÍPULO. — ¡...!
EL PROFESOR. — Diga, ¿qué esperaba usted?

EL DISCÍPULO. — Pues que se acabara usted de dormir, para asesinar a Sancho IV.

ONORZED. — Madrid.

Un novelista teatral muy malo, le dice a un amigo.

— Como ves, mi amigo, ya he terminado los cuatro actos de mi tragedia, y no sé cómo matar al protagonista...

— Pues léele los cuatro actos.

JOSÉ DEL MORAL. — Sevilla.

*En una fonda.
— Mozo, tráigame un plato de faltas de ortografía.*

— No hay tal cosa.

— Pues, entonces, ¿para qué las ponen en la lista?

JOTAELEBE. — Sanlúcar de Barrameda.

*Entre maletas.
— Chico, soy un fenómeno. ¡En Tetuán, seis toros, seis estocadas!
— Sí, ya sé que le arreaste seis estocadas al primero, y que te echaron al corral los cinco restantes.*

SÁNCHEZ JADRAQUE. — Madrid.

*Los bagajes.
Al llegar a un lugarejo el sargento Pulido, por encargo del alcalde escribió la lista de bagajes que necesitaba. Decía así: «Un mulo, mi capitán; otro mulo, mi teniente; tres cadetes, tres borricos; total, cinco bestias.*

SEGUNDO ALMIREZ. — Getafe.

El premio del número anterior ha correspondido a **J. Arteché, de Madrid.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de diciembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo febrero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de enero, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de diciembre, insertos en

esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 21 de enero se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

20.— Un famoso capicúa.

500 A MALLORQUÍN **R** CERO INCÓGNITA
EN LAS AVES Y EN LAS TROPAS **ALIMAÑA** ARTÍCULO
SUPERIOR DE UN MONASTERIO

21.— Montaña sagrada.

AA AO
 i
AE AU

CUPÓN

correspondiente al número 56
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

22.— Durmiente.

— ¿Y fuiste capaz de presentarte a tu mujer con la *prima-tercia*?

— ¡Vaya una cosa! Lo hice sin importarme una *dos-tercia*.

— ¡Ah! Pero ¿se trataba de una cacería? ¡Tiene la *prima* de graciosa...

— ¡Claro, hombre, claro! Es que tú estás hecho una *todo* y tomas las cosas al revés.

23.— Animalucho de cuidado.

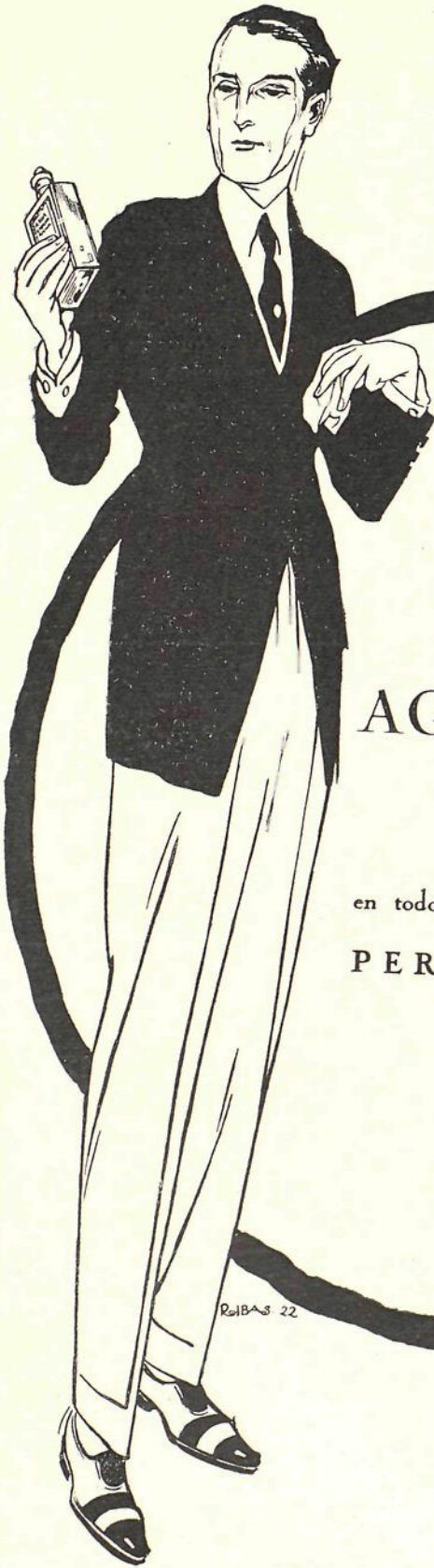
10001000500R1500

24.— Imperfecto.

BAILE METAL
B
P O E S I A

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.



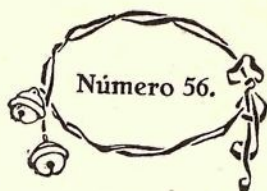
LA GENTE
BIEN
usa siempre
AGUA DE COLONIA
AÑEJA

FRASCO 2 50

en todos los bazares, perfumerías y droguerías de España.

PERFUMERIA GALMADRID





BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 24 de diciembre de 1922.



EN BUSCA DE CUARTO

DIÁLOGO ENTRE UN SEÑORITO Y UNA SEÑORA PORTERA



PORTERA!.. (Golpea con los nudillos en la vidriera de la portera.) ¡Porteera!... (Gritando más fuerte.) ¡¡Poorteeraa!... (Gritando como loco y golpeando la vidriera con impetu salvaje.) ¡¡¡Pooorteeraaaaaa!...

— (Presentándose por la puerta del patio, secándose las manitas con el delantal.) ¿Qué pasa?

— (Un poco arrepentido.) ¡Mil trescientos cincuenta y siete perdones, señora portera!... ¡Buenos días!

— ¿Qué tripa se le ha roto a usted?

— ¡De los intestinos estoy bien, muchas gracias!...

— ¡Como gritaba usted tanto!... — Es que, la verdad, creí que se había usted ido al extranjero, porque si los golpes que le he dado a esa vidriera se los doy a Carpintier, le dejo sin conocimiento hasta mil novecientos veinticinco.

— Bueno, bueno. ¿Qué quiere usted?

— ¿Tiene la amabilidad de decirme cuánto renta el cuarto desalquilado?

— No es cuarto, es quinto.

— Bien; pues el quinto, ¿cuánto vale?

— Ochenta duros.

— ¡Ochenta duros un quinto!... ¡Ni que fuera de cuota!

— ¡Pues no está muy alto! Es un quinto que hace sexto na más.

— ¡Ni que haga la instrucción!... ¡Ochenta duros!... ¡Qué escándalo!...

— Y no se descuide... Que al casero le quitan los cuartos de las manos.

— Eso será cuando le atraquen.

— ¡Qué gracioso!

— Oiga usted. Y ¿cuántas piezas tiene?

— El casero, ninguna. Es muy elegante.

— Digo el piso.

— Ese tie cuatro.

— ¿Cuatro nada más? ¡Jesús!... ¡Y yo que necesito lo menos once piezas!

— ¿Once piezas? Pues como no se vaya usted a vivir a un organillo, que los hay económicos.

— En fin, ya veríamos el modo de arreglarnos.

— A ver. Mire usted, en el segundo vive una familia que son catorce, y como no les caben las camas, pues duermen tos en una alcoba, de pie y colgaos por los sobacos pa no desmoronarse.

— Es una idea.

— Y comen alrededor de la banqueta del piano, porque no les cabe una mesa de comedor. Y como el despacho es mu estrecho y a más es paso pa la cocina, pues ca vez que la criada sale a la calle se tie que saltar al señorito.

— ¡Caray! ¿Y cree usted que el casero no rebajará nada?

— ¡Sí, sí! Sus ochenta duros, y ni un menitos. ¡Ah! Y que no quie perros.

— ¿Hay que pagarle en plata?

— Digo que no quie chuchos.

— Por eso no habría inconveniente. Yo no traeré más que mi futura suegra, que tiene cierto aire pachón; pero ladrar, no ladra a nadie más que a mí.

— ¡Ah! ¿Usted va a casarse?

— En cuanto encuentre cuarto, sí, señora. Llevo año y medio buscando, ¡ay!, un hueco donde poner el nido, y ¡nada! ¡Ni un alero desalquilado!

— Aquí tie usted este piso, que, vamos, caro será, pero vistas las tie hermosismas. ¡Se ve too Madrid, se ve Palacio, se ve la sierra...

— Sí, sí, señora. Yo vería todo Madrid, vería Palacio, vería la sierra... Lo que no vería, seguramente, sería el modo de pagar el recibo.

— ¿Tie usted poco sueldo?

— Para comer y vestir tengo ochenta y tres duros en una Sociedad panamericana; de modo que, si me gasto ochenta en el cuarto, me quedo sin pan y sin americana.

— Matemático.

— (Entristeciéndose.) Yo o todo lo más que puedo pagar son quince duros. (Compungido.) Y no hay, ¡ay!... No hay... ¡ay! (Rompiendo a llorar.) ¡No hay cuartos de quince duros!

— Pero ¡hombre!... ¡No se ponga usted así!...

— (Berreando.) ¡Si es que ya no puedo más, señoral!... ¡Año y medio sufriendo este calvario!... ¡No puedo más!...

— Pero ¡por Dios!... (Emocionada.) Y ¿dice usted que no puede pagar más de quince duros?

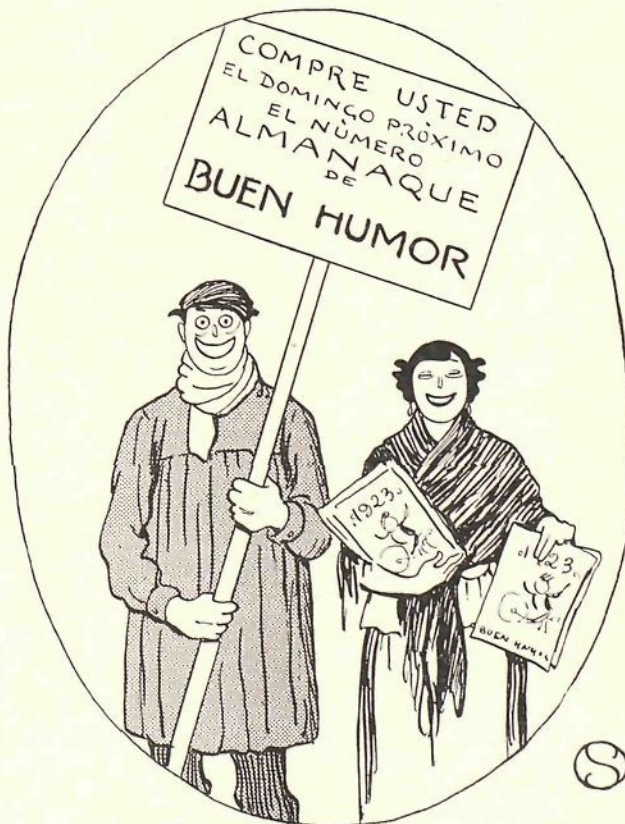
— ¡No puedo más!...

— ¡Válgame el Cristo de Limpias!

— ¡Mi novia se está quedando en los cartilagos!... ¡Yo me estoy quedando...!

— ¿En los huesos?...

— No, señora. Me estoy quedando en la oficina por las noches para hacer méritos y que me suban el sueldo; pero ¡que si quieres paella, Catalinal!



Dib. SILENO. — Madrid.

— ¿No se lo suben?
 — Me lo suben en un sobrecito para que no interrumpa mi labor ni para cobrarlo; pero no me lo aumentan.
 — ¡Qué gentuza!
 — ¡Pobre hijo mío!
 — ¡Ah!... Pero ¿tienes ustés ya un hijo?
 — No, señora; pero digo ¡pobre hijo mío!, porque la criaturita a estas horas podía tener ya ocho meses.
 — ¡Ah, claro!
 — (Volviendo a berrear.) ¡Hijo de mi vida!
 — (Emocionadísima.) Calle usted, hombre, que to pue arreglarse.
 — ¿Cómo?... ¿Arreglarse?... ¿Qué me dice usted?...
 — Que me ha enternecido usted, y que dentro de seis días se queda desalquilá una de las azoteas, que renta catorce y medio. Ahora, que yo me lo tenía callao porque unos señores me tien ofrecida una prima.
 — (Enloqueciendo de alegría.) ¡Una prima, y una tía segunda, y un hermano de leche le doy yo a usted por esa azo-

tea!... ¡Ay, señora portera!... ¡Señora portera!... (La abraza.)

— ¡Estése usted quieto!
 — ¡Déjeme usted que la abrace!... ¡Déjeme usted que la besel!... (La da un beso en el añadido.)

— Pero ¡señorito!...
 — ¡Me caso!... ¡Me caso!...
 — ¿Y si el casero no quiere?
 — ¡Me caso en el casero!
 — No tenga usted cuidao. El casero no se mete en na. Le he dicho a usted eso pa que me soltara.

— (Soltando una carcajada.) ¡Ay qué gracial!... ¡Qué gracial!... ¡Es usted muchísimo más salada que una anchoal!... ¡Va usted a ser la madrina de mi boda!

— ¡Con muchísimo gusto!
 — ¡Y la madrina de mis hijos!
 — También.
 — (Quitándose el sombrero y agitando en alto.) ¡Viva la madrina! ¡Viva!

TELÓN RÁPIDO

FERNANDO LUQUE.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

LA SEÑORA. — Observo, Juanita, que esta semana tienes cuatro blusas para el lavado, mientras que mi hija tiene solamente dos.

LA DONCELLA. — Es que el novio de la señorita es empleado del Banco, y mi novio es carbonero.

DEMOCRACIA..., Y NO POR NOCHEBUENA

Estos días el timbre de las casas se queda un poco afónico de tanto como le hacen sonar esos individuos que denominamos el lechero, el carbonero, el chico de la tienda, el panadero y demás amabilísimos menestrales, que, teniendo de ordinario peor humor que Villanueva y más orgullo que don Rodrigo en la horca, se deshacen por ser corteses y sumisos en cuanto empiezan a *runrunear* las primeras zambombas.

Durante el resto del año, el panadero, el carbonero, etc., son unos sujetos de carácter endiablado, que como la doméstica tarde un poco en abrir la puerta, empiezan a dar patadas en el quicio y a gruñir apóstrofes contra la sirviente y su respetable familia rural.

Pero en estos días, ante la a veces engañadora perspectiva del aguinaldo, todos nuestros proveedores rivalizan, según queda dicho, en ser amables, y hasta humildes si se quiere.

El cartero, que suele traernos las cartas y los periódicos con varios días de retraso, acude ahora con una puntualidad que ya la quisieran para sus subordinados los jefes de cualquier Ministerio.

— Dale este periódico a tu señorito — encarga a la doméstica el distribuidor del correo — y dile que si *manda algo*.

Todo esto, naturalmente, lo hacen unos y otros para prepararse el terreno y catequizarle a uno, a fin de que aumente la propina.

Pues el panadero no le va en zaga:

— Dame acá esa libreta, desdichada — exclama el repartidor del pan dirigiéndose a nuestra sirviente, que le recibe en el descansillo de la escalera.

— ¿Por qué? — pregunta absorta la fámula.

— ¿No ves que está cruda?

— ¡Anda, como todos los días!

— No, señor. Conozco yo muy bien el *gusto de tu señorito* (el gusto es mío), y sé que prefiere que esté tostada.

Y efectivamente. Con esa *desinteresada* prueba del afecto con que nos sirve, nos da el hombre *la tostada*, quiero decir la libreta en cuestión, y también se prepara el terreno.

Más tarde es el lechero el que exclama muy sonriente:

— Dile a tu señorita que si tiene algo que decir de esta leche. ¡Amos, que mejor que esa sos dice menda que nones! ¡Se bebe sola! ¡No te digo más!

La criada advierte que a la leche le faltan más de cuatro dedos de la medida y que el lechero tiene muy húmedo el revés de la bocamanga.

Todo tiene su explicación.



Pero a pesar de estos reiterados testimonios de afecto, yo, en este asunto de las propinas, tengo un criterio que no

sé si compartirán los lectores, pero que *convendría, bromas aparte, meditar sobre él.*

Por lo menos la clase media, a la que yo tengo la honra y la desgracia de pertenecer, debe ir resueltamente a la supresión del aguinaldo.

El aguinaldo es un donativo que instituyeron las clases ricas para alegrar las Pascuas de las clases pobres.

Económicamente hablando, entre la clase media y la proletaria no existe hoy diferencia alguna, y si existe es en favor de ésta. Y en cuanto a consideraciones sociales, ni la primera rinde acato y reverencia a la segunda, ni ésta lo reclama. La criada se las tiene tiesas con la señora y el sirviente con su amo. Ya no hay ceremonias ni distingos.

Muy bien.

Pero... si no hay jerarquías, tampoco debe haber aguinaldos..., digo yo.

Si todos somos iguales, seámoslo durante todo el año, sin excepción.

Lo que no puede ser es que al conocido adagio de «Justicia, y no por mi casa», tengamos que añadir el no menos cómodo de «Democracia..., y no por Nochebuena.»

MIGUEL DE CASTRO.

EN CASA DEL OCULISTA

— ¿Está el doctor Parpadínez?
 — Sí, señora; en su despacho.
 — Dígame que es la señora de Pastor, ¿eh?
 — Voy volando.
 — Felices, doctor.
 — Muy buenas.
 ¿Tiene usted los ojos malos?
 ¡Lástima, siendo tan buenos!...
 — Gracias. ¡Qué amable! Están sanos.
 Lo que quiero es que usted saque los ojos a mi Rosario.
 — ¿A esta niña?
 — Sí, a esta niña.
 Porque el domingo, un tal Bravo, nos regaló un ramillete de Pascua representando, en dulce, un Belén con casas, montes, ríos, puentes, carros y el portal con sus figuras, todo muy bien imitado. Y así como mi marido se comió una vieja hilando, y Paz un monte de crema, y Luis se zampó un rey mago de guirlache, y yo en el vientre llevo un pastor, mi Rosario cogió un puente de tres ojos, se lo comió, le hizo daño, ¡y hoy tiene la pobrecilla los ojos atravesados!
 — Pues no la noto estrabismo..
 — Los lleva en el *epigastrio* seguramente, que es donde la duele si la tocamos.

Por eso quiero que usted, que es oculista... — ¡Canario!

Señora, de ojos de puente no entiendo nada. Si acaso, que la vea un ingeniero y que él procure arreglarlo.

— Bien...

— Y ¿usted dice que lleva un pastorcillo ahí guardado?...

— Sí; mas no es del ramillete, sino de Pastor, mi amado consorte.

— Pues sólo curo los ojos del rostro, ¿estamos? Porque ni los de otras partes, ni los que ésta se ha tragado, ni los de las cerraduras, ni los de los boticarios,

ni los que, libres de gafas, hay en el queso llamado de Gruyer, son de mi reino; procure usted no olvidarlo. Y otra vez, si de un Belén de dulce le hacen regalo, tengan ojo con los ojos... y usen el bicarbonato.

Y respecto al nacimiento pastoril que está cercano, ¡que el Señor le de la suerte que yo para mí demandó!

— Bueno, señor Parpadínez, perdóneme este bromazo...

— Con mucho gusto, señora.

— Doctor, beso a usted la mano.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Dib. MANZANEDO. — Madrid.

— ¿Qué diría tu padre si te oyera decir esas barbaridades?
 — Que era un milagro; porque el pobre es sordo como una tapia.

Historia trágica de un paraguas provinciano



AN sólo en una ocasión perdimos el tren. Fué en una ciudad norteña. El día antes nos habíamos desviado de nuestro camino con la intención de saludar a un viejo amigo y de paso visitar algunos rincones de la localidad.

Pero nuestro amigo había cambiado de residencia, y por lo que hace a los supradichos rincones, una nube de mendigos y *ciceroni* nos amargó su contemplación.

El tren en que debíamos reemprender nuestro viaje llegaba de madrugada a la estación del pueblo. Una hora antes que él nos halláramos ya nosotros en el andén, que recorría de punta a punta un viento frío cuyo soplo arremolinaba los faldones de nuestro gabán, enrojecía lamentablemente la punta de nuestra nariz y nos obligaba a sujetar ahincadamente con ambas manos el sombrero, ganoso, al parecer, de divertirse por su cuenta en locos correteos andén adelante.

Los minutos se hacían eternos. Faltaban quince aún para la llegada del tren. De pronto, como impremeditadamente lanzásemos una mirada sobre nuestro equipaje de mano, el corazón nos dió un vuelco: allí faltaba alguna cosa. Pronto dimos en lo que era: lo que entre la maleta y la manta de viaje echábamos de menos era, sencillamente, el paraguas que la tarde antes habíamos comprado en una tienda de la calle Real.

He aquí una prenda insustituible para el viajero: el paraguas. El bastón, en la ciudad propia, es el compañero. El nos acompaña a los estrenos teatrales, gallardea bajo el halago de nuestra mano en los paseos, resuelve además de un modo categórico, rotundo, nuestras cuestiones, evitándonos inútiles derroches de palabras. Si salimos a las afueras de nuestra ciudad, su abnegación será inapreciable: no sólo nos servirá de sustentáculo, sino que, llegada la ocasión, escuchará atento nuestros monólogos, asintiendo a ellos con su reiterado golpetear contra la tierra.

Trasplantado, en cambio, a una ciudad desconocida, es de ver la irremediable petulancia que muestra. Tiene un modo de golpear las losas de los soportales, el enchinarrado de las plazas silenciosas, que

atrae las miradas y hace que le señalen a uno con el dedo: «Ese es de Madrid...»

Por el contrario, el paraguas es un artefacto humilde, casi diríamos que cristiano. A San Francisco de Asís debería representársele con un paraguas bajo el brazo, como los curas de Pérez Escrich.

Nosotros no podíamos abandonar a nuestro paraguas en una ciudad desconocida, en el cuarto de un hotel de segundo orden, sin un vivo remordimiento. Por otra parte, quince minutos eran tiempo de sobra para correr en su busca, ya que el hotel no estaba tan lejos.

Y al hotel nos dirigimos. Ya en él, no fué tarea tan fácil como pudiera creerse la de hallar el paraguas. Por fin, a la insinuación de una recompensa si el paraguas aparecía, se presentó con él en brazos la camarera, a medio vestir. El paraguas — cosa para ella misma inexplicable — se había presentado en su dormitorio...

No pudimos menos de reprobar tal conducta, y bien claro debió de leerlo el mismo paraguas en la mirada de reconvencción que sobre él lanzamos. Pero el tiempo apremiaba. No podíamos detenernos a sermonearle cumplidamente,

como hubiera sido nuestro deseo. Así que, pagando el rescate del artillugio, con él al brazo nos lanzamos a la calle.

Durante los primeros veinte metros todo fué bien. El conflicto se presentó a la primera bocacalle. ¿Era ésta o la de más allá la que había de conducirnos derechamente a la estación? En vano interrogábamos al paraguas. «Tú — le decíamos —, si no has nacido aquí, has permanecido cuando menos largos días en esta ciudad. Una idea, una idea aproximada del camino más corto es lo que te pedimos...» Mas él permanecía insensible. La verdad, nunca hubiéramos creído que un paraguas pudiera ser tan rencoroso.

Nosotros, entonces, arriscadamente tiramos por la primera bocacalle. Entonces empezó para nosotros un suplicio atroz. Su recuerdo, durante años enteros, nos impidió, aterrorizándonos, penetrar en los *laberintos japoneses* de las verbenas. Como en ellos, anduvimos aquella madrugada buscando la salida al dédalo de callejuelas en que a cada paso crecía nuestro atolondramiento.

La suerte, por fin, nos permitió atinar con el camino buscado. Allá lejos se aparecía la estación. Blandiendo el paraguas corríamos hacia ella.

Nuestro reloj marcaba un minuto, justamente un minuto para la hora terrible. Cuando pisábamos jadeantes el andén, el estridente pitido del tren que partía nos llegó hasta las entrañas. Aun pudimos ver al tren alejarse, perseguido por un compañero nuestro en infortunio. El hombre iba dando saltitos ridículos a la zaga del furgón de cola, como esperando que le arrojasen algún hueso desde las ventanillas.

En trance semejante, las heces de la melancolía nos subieron a la boca. Vacilantes, hubimos de apoyarnos en el paraguas. ¡Ah, el paraguas! El, sólo él — pensamos — tenía la culpa de todo. Pero el maldito conservaba su hipócrita imperturbabilidad beata. Se diría que nada fuese con él...

Entonces — con rubor lo confesamos —, no fuimos dueños de nosotros. Ganados por un acceso de cólera irrefrenable, lanzamos contra el suelo el malhadado artefacto. Después, desesperadamente, nos pusimos a bailar sobre sus varillas un frenético zapateado, ante el estupor de los circunstantes.

José M. QUIROGA PLA.



Dib. LETS. — Barcelona.

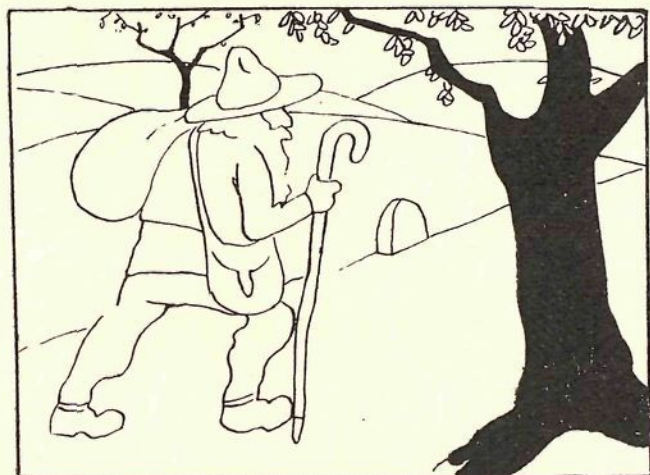
— ¿A qué hora anuncian los periódicos que será el eclipse?

— A las doce, veinte minutos y cincuenta y tres segundos...

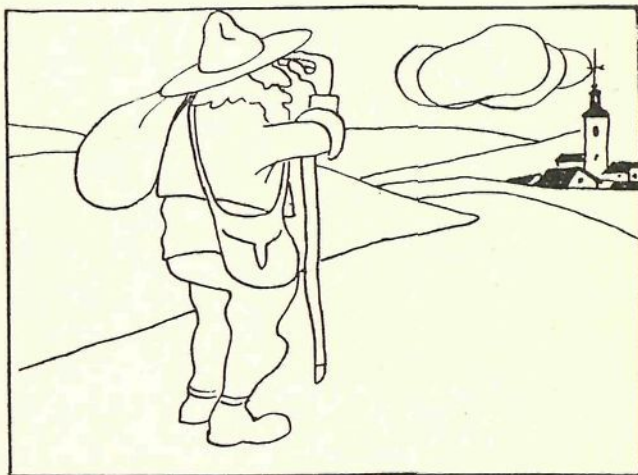
— ¡Bah!... ¡Siempre será a la una!...

DE CÓMO UN FIERO BOVINO SALVA A UN POBRE CAMPESINO

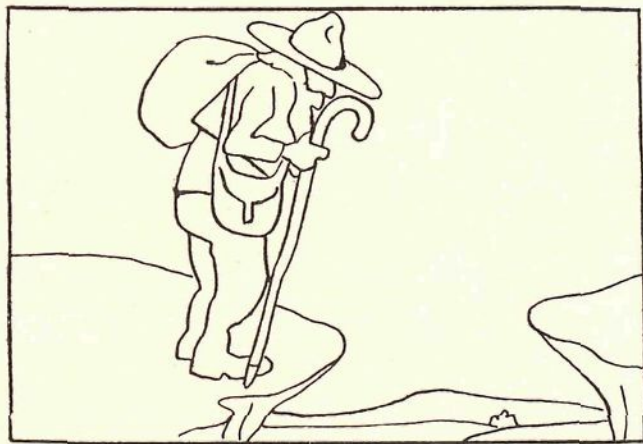
Por MÁRQUEZ



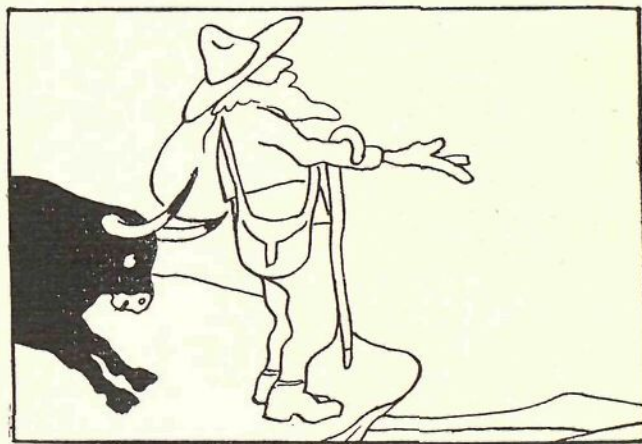
*Va el caminante cansado,
sin encontrar un poblado.*



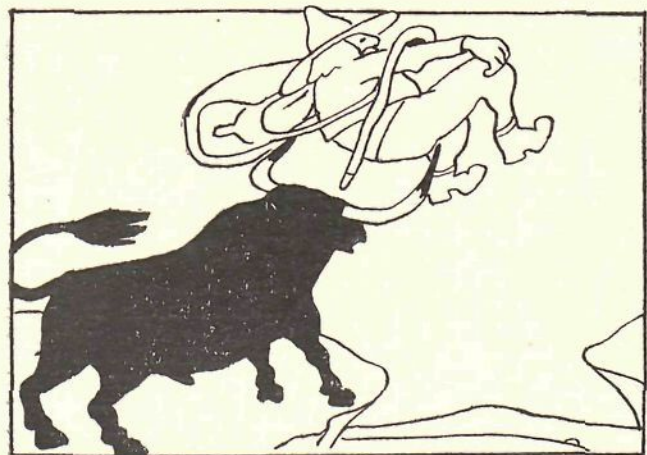
*Divisa al fin la ciudad,
y corre con ansiedad...*



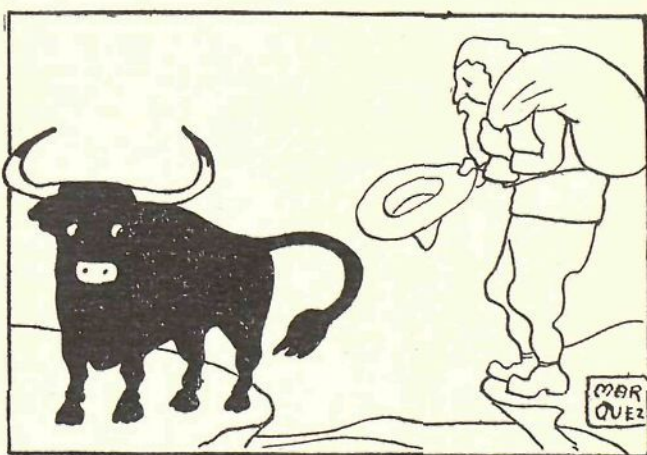
*Quando con horror repara
que un abismo los separa.*



*— ¡Oh maldición, trance duro!...
¿Quién me saca del apuro?...*



*Y un toro que acude presto,
va y le lanza al lado opuesto.*



*— ¡Gracias, toro salvador!
— dice alegre el buen señor.*

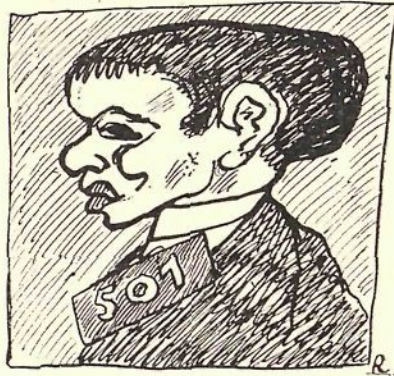
RETRATOS DE CRIMINALES

Parece que es un abuso de la autoridad dar el retrato sin retoque y con un número ignominioso y detonante en cualquier lado de la placa. Parece que se puede punir silenciosamente el crimen, hasta matar en la mayor discreción al criminal; pero no dar fotografías desgraciadas, colocando en mala postura al retratado, en las posturas que precisamente menos le sientan.

—Mire usted que tengo un perfil re-matadamente malo — le ha dicho a un fotógrafo el criminal. Pero el fotógrafo no le ha hecho caso ninguno y le ha retratado de perfil, aunque salga en el retrato de muy mal humor.

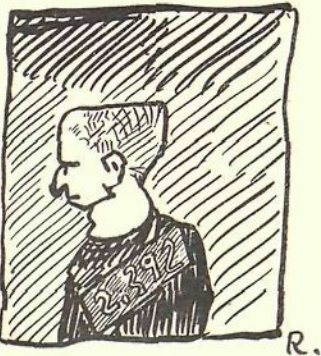
— Eso será inevitable siempre en estas fotografías — me contaba un asesino célebre —: así como nadie puede penetrar en el fondo de la conciencia y hacernos pensar en una cosa cuando estamos pensando en otra, así tampoco nos pue-

alguna vez al fotógrafo el parricida coquetón, sentenciado a catorce años de presidio por haber matado a sus nueve hijos, «falto de recursos para poderlos



den hacer sonreír y poner cara de encanto en los retratos antropométricos.

Tampoco el fotógrafo hace de buen humor y por amor al arte del *claroscuro* estos retratos, como para los kilo-



métricos del presidio, kilométricos del tiempo con cupones de días en vez de cupones de kilómetros, hasta el día de la extinción de la condena.

— Si pudiera usted hacerme otra prueba para enviársela a mi novia... — ha rogado alguna vez al que es fotógrafo de presidio muy a regañadientes, el cínico sentimental.

— Procure usted sacar este lunar de pelo, que me agracia mucho — ha dicho

mantener», como dijo él en las declaraciones, y como dijo con mil giros rimbombantes su abogado, queriendo dar una fuerza patética y fatal a esa frase.

Son terribles esos retratos de criminales, de *quintos* de la cárcel, de soldados monstruosos, como venidos del fondo más abrupto de la nación, de esas Hurdes incivilizadas, cretinas, en las que los primos se casan con las primas y hasta los hermanos con las hermanas.

¡Hermoso álbum sin desperdicio el álbum de la justicia! Después de repasarlo se tendrán las más atroces pesadillas, y el criminal que salte sobre nuestra cama, en sueños, tendrá un rostro preciso — el peor del álbum —, y lo bueno será que tendrá un número, un número de gran tamaño, gracias al que se le podrá reconocer cuando, después del sueño, haya que avisar a la policía, y en la cárcel se forme rueda de presos alrededor del que soñó que le asesinaban.

¡Magníficas calabazas las de esos retratos de los grandes fotógrafos del presidio, que son los únicos que no podrán ostentar lo de «fotógrafos de la Real Casa»!

Algo de frutal, de peras, de manzanas, y también mucho de patatero, tienen esas cabezas enconadas, en cuyo lobanillo o ángulo principal está la idea del crimen. ¿Por qué, ya que lo saben y los estudios modernos lo prueban cada vez más, no operan ese quiste criminal al pobre hombre de cabeza difícil?... ¿Quizás porque, como llevan el pelo crecido los criminales, no lo notan a tiempo los psiquiatras? Pues entonces debía de establecerse el rapado de la adolescencia, y en ese momento hacer el estudio de los chichones criminales que presente la cabeza del ciudadano.

Yo he coleccionado unos cuantos casos escogidos de fotografías antropométricas, sacados por mí con el ko-

dak personal. Son los que reproduzco. ¡Pobrecillos! Los mató ese número que les plantificaron encima, y que quiere decir demasiado: número degradante, martirizador, demasiado visible, que no puede confundirse con ninguna otra contraseña, ni siquiera con una participación de la lotería.

— ¡Y encima se queja usted — oigo que me dice muy airada la justicia —, cuando los hacemos un retrato de frente y otro de perfil, estilo América! ¡Un retrato que pasará a la posteridad! Los retratamos como a los grandes hombres y a los toreros...

— Ahora, a la galería del fotógrafo — es lo primero que les dicen cuando entran en la cárcel, y los suben a la galería de cristales y de barrotes, asistien-



dole al fotógrafo dos sicarios, porque si no no se fiaría de ellos cuando se mete debajo del paño negro.

Los dos sicarios a la vez, como hizo su mamá con ellos cuando se retrataron



de pequeños, los tiran por debajo, los amarran las manos, los dan la rigidez que necesita la fotografía, todo eso ocultándose y procurando que ni siquiera salgan sus manos de guardia civil que aprieta, que atenaza, que les obliga a tomar la postura graciosa y además a no moverse.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.

C U P L E T E R Í A S

EL QUE "ALUMBRA" A LA "ESTRELLA"

La escena tiene lugar en *La Mutua Incrustación*, baile público donde la diplomacia chulaperil de Embajadores tiene su asiento, cogido a fuerza de comer *alcagüés*, chufas y *altramuces salaos*.

Los *personajes*, vamos al decir, son *la Niña del Calambre* y *el Chulo de la Onda*.

— Amos, negra — dice éste, después de una pausa —, decidete y debuta, si no quies que te alivie el luto de una patá en el sitio de costumbre.

— El caso es que..., la verdá..., yo... bien quisiera...; pero...

— A ver si ahora va a resultar que ties vergüenza

— No es por ahí.

— Entonces, ¿qué t'amilana?

— El metal de voz.

— Si que parece que lo ties oxidao. Pero ¿eso qué importa? Te vas al médico.

— Pa que me mande a hacer gárgaras con eso del otro día, y tenga que hacerlas.

— Es clarito.

— Es clorato. Yo no sirvo pa cantar.

— Pero sirves pa lo otro: pa el baile.

— ¿Quién lo ha dicho?

— *El Pecas, el Bocas, el Pichichi* y un océano más de amigos que, como este *clérigo*, han tenido la suerte de tratarte.

— Por encima na más.

— Lo suficiente pa saber que tú, con los *pinreles*, achicabas, si quisieras, a la Pastora, que tanto ganao tiene.

— Espabilate, Gorgonio, que estás soñando. ¿Cómo quies que yo gane lo que la Imperio?

— Y ¿por qué no, vamos a ver? ¿Acaso no eres conocida en toa la calle por el *fandandiguillo*?

— Y por los *panaderos*. Dicen que los bailo tan bien como *la Argentinita* y mejor que *la Chica del Rioja*.

— ¡Clarete!

— Una cosa es lo que me preocupa.

— ¿El qué?...

— La cuestión del vestuario. Necesita una la mar de trajes pa dedicarse a la danza española.

— Agárrate a la helena, como hace la Encarnación.

— Esa, con una vara de gasolina pa tapar el motor, tie lo suficiente.

— Si tú salieras así, se quedaba el público pasmao.

— La pasmá sería yo. Esas danzas atenienses resultan peligrosas, como no haya calefacción.

— ¡La verdá es que los griegos debían usufrutuar cada costipao!...

— ¡Figúrate tú!... Y eso que, según dicen, la tierra del pasmo era Sicilia.

— ¡Camelos históricos! A mí no hay quien me quite de la cabeza que los pasmos legítimos debían ser de la tierra del *Sofocles*.

— No te *sofocles*, y vamos a foxtrotar. Quiero que aprendas ese nuevo paso que en Londres llaman del *camello*.

— ¡Ganas de jorobar! El paso lo harás tú solita. A mí no me sale.

— ¿Por qué?

— Porque eso es hacer el ridículo, y servidor tiene pelos visibles en el rostro y no hace el *ridi* aunque se lo mande el distinguido socio que tuvo a bien ser el autor de mis días, en colaboración.

— ¡Amos, anda, pelmazo!

— Calla y refresca, que te conviene.

— ¿Qué vas a tomar?

— Yo un *soda*.

— ¿Qué es eso?

— No lo sé. Pero me figuro que debe ser algo bueno, porque lo toma toa la gente elegante.

— ¡Ah!... ¿Sí? Pues pide cerveza, y no *soda*.

— ¿Por qué?

— Porque no tengo más que diez reales, y eso debe costar caro.

— Sonriete del inconveniente. Con esperar a que ejecuten un pasodoble pa ponernos a bailar y salir danzando sin soltar la *pasta*, liquidá la factura.

— Sin soltar la *pasta*, ¿eh? ¿Y si el

mozo nos coge y nos deja en *rústica*, como el otro día?

— ¡Bah! Eso no tie importancia lesiva pa tu dignidá. Al contrario. Te conviene. Así, el día de mañana, cuando seas *estrella* de postín y venga a *interviúsobarte* cualquier periodista, ya ties algo interesante que contar a la gente.

— Apúntalo, pa que no se me olvide.

— Espérate a que aprenda a escribir.

— Entonces va pa largo. ¡Mozo! ¡Traiga un doble de *Pilsen*!

— ¿Cómo la quiere usted? ¿Negra?

— Oiga, decrépito mozo: eso de negra que le ha dicho a la señora, ¿es piropo galante o mera aclaración?

— Es... el color de la *bier*.

— *Habierlo* dicho antes. En ese caso que le frian a usté un huevo con muchas patatas, y me lo trae en seguida con un *soda*.

— Está bien.

— Si no está bien, no lo traiga.

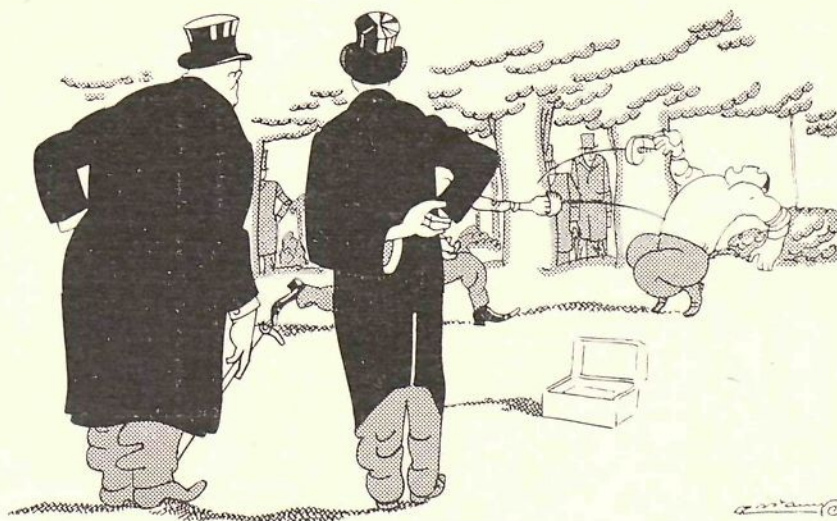
— Has estao bueno, Gorgonio.

— Convaleciente na más. Bueno lo estaré cuando tú me hagas caso y debutes. Ya verás, siendo *estrella*, la *luz* que vamos a ganar.

— ¿Tú también?

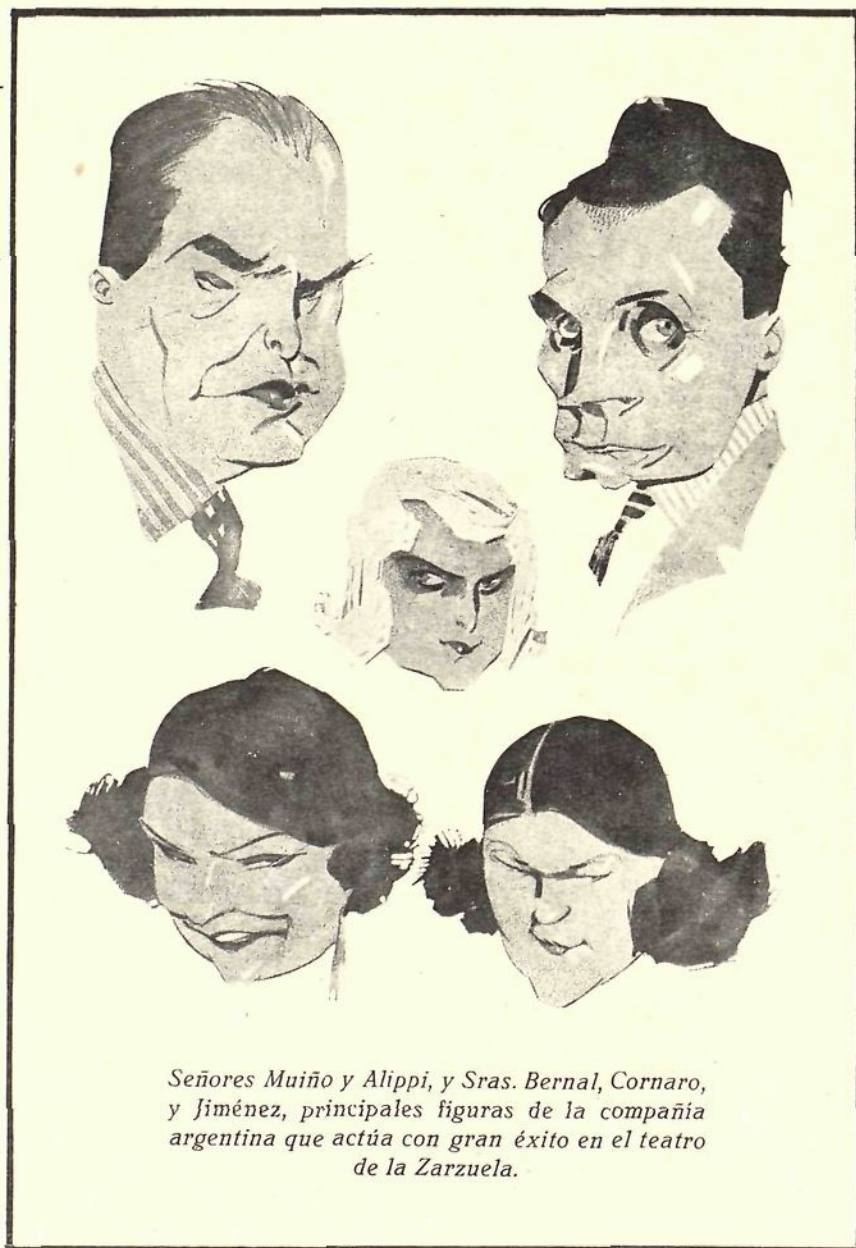
— Naturalmente, señor. ¡Pa eso soy el que te *alumbrá*!

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.



Dib. CASTANYS. — Barcelona.

— ¡Bien!... ¡Ahi le duele..., ahí le duele!...



*Señores Muñío y Alippi, y Sras. Bernal, Cornaro,
y Jiménez, principales figuras de la compañía
argentina que actúa con gran éxito en el teatro
de la Zarzuela.*



ARISTO IBARRA

LAS COSAS DE LOS TEATROS

NOVEDADES DE PASCUAS

Nada menos que una obra de Arniches en Eslava; *La pimpinela escarlata*, en el Infanta Isabel; *La casa de Salud*, en Romea; *La cabra tira al monte*, en la Zarzuela; *Los polvos de la madre Celestina*, en el Español, y ocho o diez cosas más en otros teatros, son las novedades de la semana que hoy termina.

Los empresarios han querido servir al público de Pascuas — ¡que las tengas felices, caro lector! — una larga lista de obras a cuál más divertida. Y si las producciones son divertidas, ¿cómo las vamos a tomar nosotros a broma? Claro es que al generalizar incluimos injustamente una comedia que no merece ser clasificada cual las restantes. Nos referimos a *La pimpinela escarlata*.

Esa sería precisamente el blanco de nuestras burlas si tuviésemos un poco de tiempo... y si se hubiese estrenado al escribir las presentes líneas; es nuestro criterio que desde estas columnas hay que ocuparse en serio de las obras cómicas y en broma de las obras serias. Pero — repetimos — al ponernos frente a la *alba* cuartilla ignoramos qué hayan podido escribir los autores — también podría sucedernos después de haberla estrenado —, y no es cosa de prejuzgar. Dejémoslo para otra semana, si hay ocasión y si la obra obtiene el éxito que se espera y que merece el joven Juan Ignacio Luca de Tena.

Hablar de una obra que no se ha estrenado tiene sus inconvenientes: hasta le pueden demandar a uno ante los Tribunales.

En cierta ocasión se anunciaba la inauguración de un teatro con el estreno de una revistilla insignificante.

El que suscribe, en una noche tormentosa y fría, salió de casa dispuesto a cumplir sus altas funciones críticas. Llegó al teatro, y la función se había suspendido...

Pasaron más días y se volvió a anunciar la inauguración y el estreno. También hacía una noche infernal, y también al llegar al teatro se suspendió el espectáculo. Comentóse lo sucedido, y uno de los artistas dijo al que suscribe que la revista era deleznable, y que solamente merecían la pena la labor que realizaba la tiple y los lindos trajes que pensaba exhibir...

Por tercera vez se anunció la inauguración, y por tercera vez hubo de suspenderse.

Al cabo, un día aparecieron gacetillas y carteles anunciando *definitivamente* la inauguración del teatro.

Hacia, como en noches anteriores, un tiempo espantoso, y el que suscribe se encontraba algo indispuerto. Escribí unas cuartillas para el periódico, reseñando *de memoria* lo ocurrido en el

teatro; y recordando los informes recibidos, dije que la revista «no tenía importancia, y que lo único digno de mención eran la labor y los trajes de la primera tiple».

Momentos antes de la función llamé por teléfono al teatro.

— ¿Me hace el favor de decir si, por fin, inauguran ustedes hoy?

— Sí, señor. Dentro de un instante.

— ¿No se suspenderá?

— De ningún modo.

Envié las cuartillas al periódico, convencido de que todo llega en este mundo: hasta las inauguraciones de ciertos teatros.

Al siguiente día me enteré de que el empresario me demandaba ante los Tribunales y hasta me pedía daños y perjuicios.

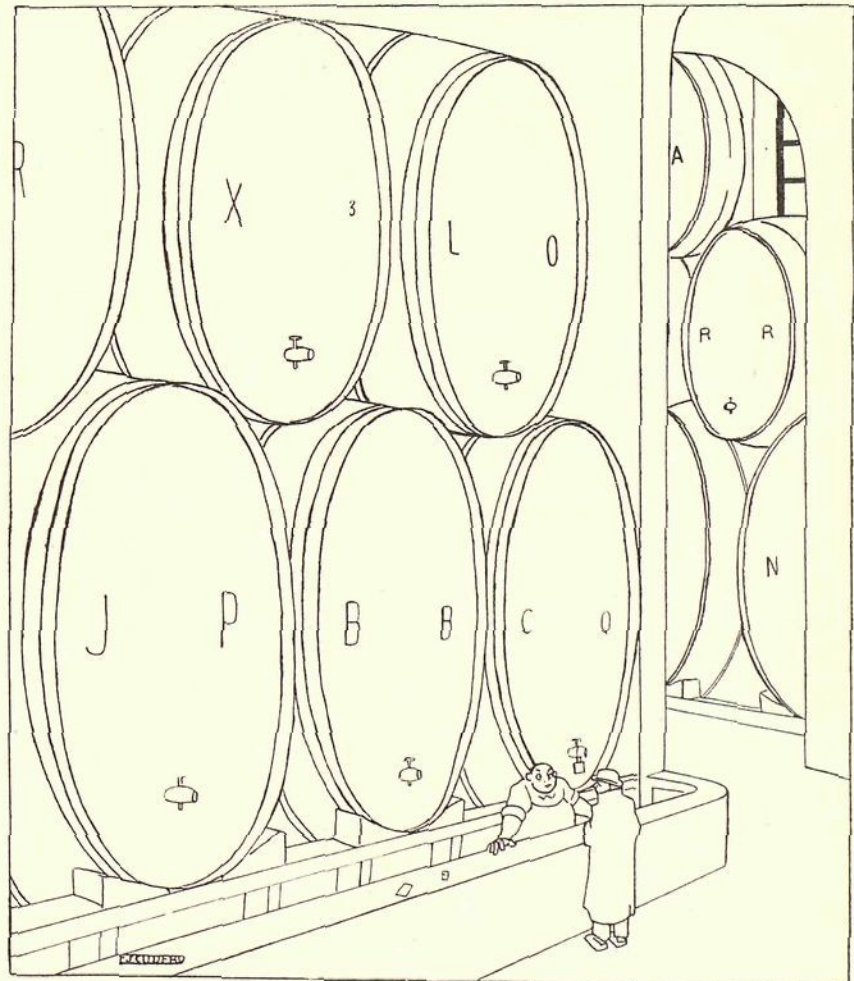
Se había suspendido ¡¡otra vez!! y mis palabras de que «no tenía importancia la revista» las consideraba la Empresa perjudiciales para sus intereses, por lo que procuraba *reventarme*.

Comprenderá el lector que desde entonces tenga miedo a decir nada de las obras que no se hayan estrenado.

Por eso tampoco quiero ocuparme de *Ave, César*, que se estrena uno de estos días en Apolo, antes de cerrar el periódico.

A todos los autores y empresarios deseo un feliz *turrón* de Navidad; y a los cómicos nada les digo, porque ya tienen hecha *su pascua* respectiva trabajando a tres funciones por día en las presentes fiestas.

JOSÉ L. MAYRAL.



— ¿Se acabó su U. L.?
 — Sí, señor.
 — Entonces..., déme a oler el barril.

Dib. ESCUDERO. — Madrid.



EL QUE NO SE CONSUELA...

Dib. CYRANO. — Madrid.

UNA PROVINCIANA. — ¡Por Dios, mamá; pero cuánta gente cursi se ve en este dichoso Madrid!...

EN LA PLAZA MAYOR

TRAGICOMEDIA DE CELOS

La bronca fué entre mujeres,
y comenzó la frigidia
un atardecer nuboso
de un día de Nochebuena.
Una era Luisa *la Coja*;
otra, Paquilla *la Tuerta*;
dos engendros del demonio,
honra y prez de las Peñuelas
Una vendía cascajo
y caña dulce de América;

otra, dos pavos raquíficos,
de no muy nobilz presencia,
y con unas plumas lacias
y con unas caras tétricas.
Encontrábanse de pique
por un chulapo ratera
que habíalas usurpado
el corazón a ambas hembras;
dió en pasar Paca, vendiendo
sus dos raquíficas piezas,

por frente al puesto de Luisa,
de tan chungona manera,
que pronto se llamó a engaño
Luisa, al oír a *la Tuerta*
que, desenfadadamente,
gritaba de esta manera:
— ¡Pavos!... ¿Quién quie los pavos? Caballero,
fijese que me traigo lo mejor,
y lo que va a costar menos dinero
de la plaza Mayor;
a quince la pareja, y los rebajo;
esto es más nutritivo qu'el cascajo.
— ¿Has dicho qu'el cascajo?
— ¡Y está dicho!
— Anda, veste por ahí; no me sofoques,
ni te pongas dramática,
ni faltes, como siempre, a la Gramática,
no vayas a cobrar el aguinaldo,
porque me siento espléndida esta tarde.
— M'alegro mucho, ¡y que te den un caldo!
— Que te lo den a ti u al Calomarde
ese qu'ahora te chala.
— ¡Porque puedo!
— ¡Ay! ¡Como vendes cocos, me das miedo!
— Haremos lo que tú, vender inválidos,
que parece qu'están de cuarentena.
¿Dónde t'has encontrao ese par d'escuálidos?
— M'han tocao en una rifa.
— ¡Si da pena!
¿No t'inmutas al verlos? ¡Pobrecitos!...
— No m'hagas de reir.
— ¡Animalitos!...
— ¡Pos no te pones tú poco angustioso!
¿Pa qué compadecerlos?
Anda, y llévate los a Panticosa,
si te da tanta lástima de verlos,
que ya quisieras tú, mal que te pese,
cenarlos hoy en compañía d'ese;
pero ése no es pa ti, qu'ése es pa miquis,
pa esta dama juncal; ¿t'enteras ahora?...
— Pa mí qu'ese moreno no es pa tiquis,
ése ha nacio pa una serviora.
— Ese ha nacio pa quien ha nacio,
y ése, pa que lo sepas, es ¡mu mio!
— ¡Ese no te da a ti más que denteral!
— Menos palabrear, que ya es molesto,
y si quies que te zurre la pavera
la pavana, te sales de tu puesto.
— ¿Que salga?... Pos saldré, ya que lo quieres.
— A ver esa verdad de las mujeres!...

Sale *la Coja* del puesto
convertida en una fiera;
disponiéndose a la lucha
esperando está *la Tuerta*...

— ¿Q'ocurre? — dice la Luisa.
— ¿Qué pasa? — la otra contesta.
— ¡A mí, Chamberi por Horta!
— ¡Y a mí, Chamberi por Fuencal!
— A ti, ¿qu'es lo que te place?
— ¡El añadio que llevas!
— ¡Ven por él, si eres valiente!
— ¡Ven aquí, si ties vergüenza!

Arañazos y mordiscos,
sustos, voces y carreras,
dos moños estropeados,
uno del Orden que llega;
los pavos que se ven libres
y saltan sobre la mesa
de figuritas de barro,
de nacimientos y velas;
la vendedora que grita,
los pavitos que aletean,
los *pastores* por los suelos,
las *gilas* medio deshechas.
El del Orden saca el sable,
siguen las dos como fieras;
la Luisa sobre la Paca
rompe las cañas de América,
y con voz enronquecida
le dice: «No tendrás queja,
que si los golpes son duros,
el palo es pura jalea.»
El corro se va engrosando,
se rien y las alegran,
y se crecen a las voces,
y sigue la riña; y mientras
las dos se están destrozando
de celos, y de amor ciegas,
el chulo por quien regañan
pasa con otras dos hembras
que, cogidas de su brazo,
y al compás de las panderas,
van cantando el estribillo
de: *Esta noche es Nochebuena*...

ANTONIO CASERO.



EN EL "CABARET"

- ¿Qué, ya estás como todas las noches?
- Sí; ya llevo siete copas.
- ¡Claro, saldrás arrastrando!

Dib. TONO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

DE LA W

Georges Delaw es el más literario de los humoristas franceses, que ya tienen tantos puntos de contacto con la literatura. Un poeta que da a las ideas la externa apariencia de seres y cosas del mundo vegetal y animal. Un delicado filósofo que sonríe sin acritud ni reservas vengativas.

Se piensa, viéndole, en un Villette menos viejo y menos obstinado en temas inmutables. ¡El buen Villette, abuelo de colombinas y de pajaritas de taller, el Villette sexagenario, con sus cabellos blancos y sus galanterías de *pierrôt* con alma de arlequin para los fantasmas deliciosos de las muchachitas enterradas entre los escombros de su Montmartre juvenil!

Delaw es menos galante que Villette; pero infinitamente más lírico. Pasa cantando por el país del ensueño sin tener la imaginación encandilada por el *retroussé* y el *decolleté* de antaño o las *pantalonnades* de hogaño como el buen Villette. No. Es diáfananamente zumbón, alegremente irónico, dulcemente romántico.

Más lejos todavía de los otros coetáneos que crisan los puños y secan la tinta china de sus dibujos a la lumbrada roja de las antorchas revolucionarias. Nada tiene que ver con los pesimistas, con los acedos y mordentes satíricos sociales, con los buceadores de bajos fondos o con los medulares y afrodisíacos encenagados en la sucia aspiración de ser proxenetas del público.

Pero es bien francés. Racialmente francés. Por su alma y por su arte. Diríase que han reencarnado en él La Fontaine, Perrault y un anónimo proveedor de las estamperías populares de Épinal.

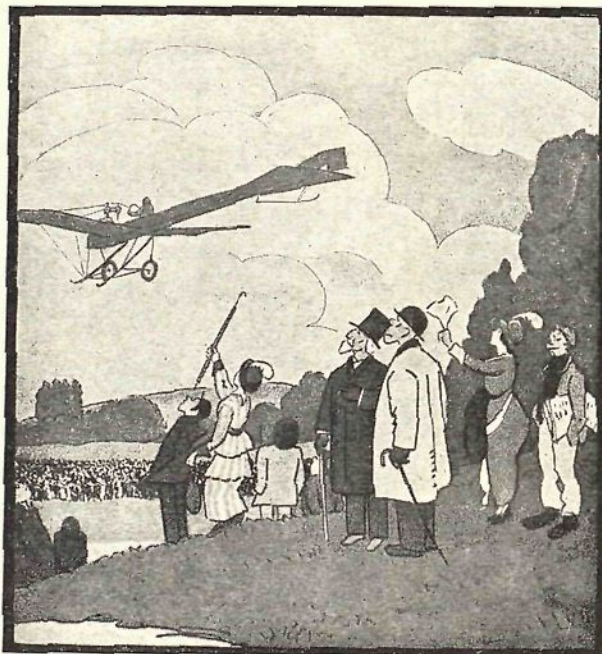
Porque al ingenio del fabulista interrogador de las plantas, las bestias, las cosas inertes de la tierra y las nubes fugitivas de los cielos o las ondas tumultuosas del mar, une la gracia ingenua, expresiva, colorinista de un dibujante de escenas rústicas, fantásticas o simbólicas.



LA MONTAÑA. — ¡Son un poco duros de tragar estos autos!... Me duele ya la garganta.

Debajo de su firma añade Georges Delaw *Imagier de la Reine* y rubrica con una pipa humeante.

Esto sugiere hasta qué punto Delaw exige el respeto a la verdadera interpretación de su arte y al conocimiento sin reservas de su psicología. Pipa de lugareño, de cazador, de vagabundo, de jardinero, de hombre que pasa largas horas en



LOS HOMBRES PÁJAROS

— Dejó la literatura por la aviación, y desde que es hombre pájaro gana cien mil francos por año.

— ¡Ahora sí que vive de su pluma!...

contacto con la Naturaleza y está acostumbrado a leer en la luz libre en los campos extensos y en la vida bullente de los animalejos.

Y al mismo tiempo, un sutil imaginero al servicio de una reina del siglo XVIII que va creando escenas didácticas, o faccias de aparente intranscendencia para que las princesas aprendan las verdades humanas sin demasiada brusquedad ni violencias sombrías.

Acaso no encontremos en todos los humoristas contemporáneos — exceptuando a Rackham — un dibujante mejor preparado para ser el comentarista gráfico de los cuentos feéricos. El mundo donde las hadas hilan su ruela de los sueños, está abierto de par en par a este glosador de episodios inmatriciales. Entra y sale libremente, rebozando trozos de viejas canciones populares y amatorias en el humo de su pipa. Dialoga con las piedras, los árboles, las flores, las aves, los insectos y los astros. Compone sus dibujos como si fueran ramilletes policromos o paisajes sonoros. Y logra por igual atraer al cogitabundo desengañado de la existencia, al sano gozador de los epicúreos placeres y al chiquillo que todavía lo ignora todo y está palpitante de presunciones deslumbradoras.

Alguien ha dicho de él: *Il y a en M. Georges Delaw un horticulteur shakespearien, un sorcier et un amateur de costumes pour les grands défilés avec chants et danses qui éblouissent aux fins d'actes dans les revues de music-hall.*



LA PRIMAVERA. — *No se olvide, Padre Eterno, de pintar las hojas por el revés.*

EL PADRE ETERNO. — *¡Miren la marisabidilla!*

Muy justa la definición de este triple aspecto de Georges Delaw. Su obra es el sueño de muchas noches de verano y de primavera; episodios de brujería que desencanta o hechiza — según — a la Humanidad en la fauna y en la flora. Es, por último, un apoteósico desfile de cortejos magníficos e inacabables. Cortejos que transfiguran el aspecto cotidiano y vulgar de lo que nuestros ojos ven, dándoles esa apariencia rutilante y misteriosa que tiene todo a las pupilas cándidas de la infancia.

Y es tan así, de tal manera el elemento colorista acusa la personalidad de Georges Delaw, que sus dibujos en negro lo desvirtúan, lo amortiguan, lo ensordecen fatalmente. Hasta parece más tosco, más inseguro de trazo de lo que en realidad es. La misma intención agudísima de los epígrafes es como si se hiciera sorda, densa y tarda a la comprensión ajena.

A Delaw hay que hallarle en la integridad fulgurante de su cromatismo, en esa jocunda rutilancia de sus estampas. Sinfonías rotundas y colmadas de recursos melódicos, de gallardías temáticas, de cadencias con inconfundible sabor folklórico.

El día en que la obra de Georges Delaw, desparramada — con un aire amplio y generoso de sembrador que en los otoños pálidos vuela los granos sobre los surcos recién abiertos, mientras tararea entre los dientes que sujetan la pipa campesina — por revistas satíricas, ilustraciones y álbumes, el día en que un editor artista recoja esta obra diversa y polifacética en una serie de tomos bien clasificados, se comprenderá hasta qué punto Georges Delaw es uno de los más admirables humoristas del mundo. Y uno de los poetas más exaltados de lirismo que hoy día tiene Francia.

Y siempre pleno de sutileza, de emo-

cionada sensibilidad, de sublime ternura o de hilarante regocijo. Delaw olvida los espectáculos coetáneos suyos para desquitarse en la inagotable fantasía, en la ilimitada riqueza imaginativa de su espíritu apasionadamente especulativo.

Ni la guerra misma le cambió. Desde la convulsionada tragedia de las trincheras, Delaw, que defendía a su patria con las armas en la mano, aprovechaba los momentos para dibujar tiernas y

sentimentales estampas, como aquella publicada en *Le Rire*, donde dibujaba a las tres niñas de la antigua canción lorenesa (*Il était trois petits enfants — qui n'iront plus glaner aux champs*) fusiladas por los soldados alemanes.

Y seguía rubricando su firma con la pipa lugareña y el título *Imagier de la Reine*, cuando bien pudo rubricar con una bayoneta y titularse *Imagier de la Mort*.

JOSÉ FRANCÉS.

LA JORNADA DEL SOL



El Sol se levanta.



El Sol hace crecer las coles.



El Sol pica.



El Sol hace subir el termómetro.



El Sol se esconde.



El Sol juega con la lluvia.



El Sol seca las cisternas.



El Sol calienta la imaginación.



El Sol ruboriza a las rosas.



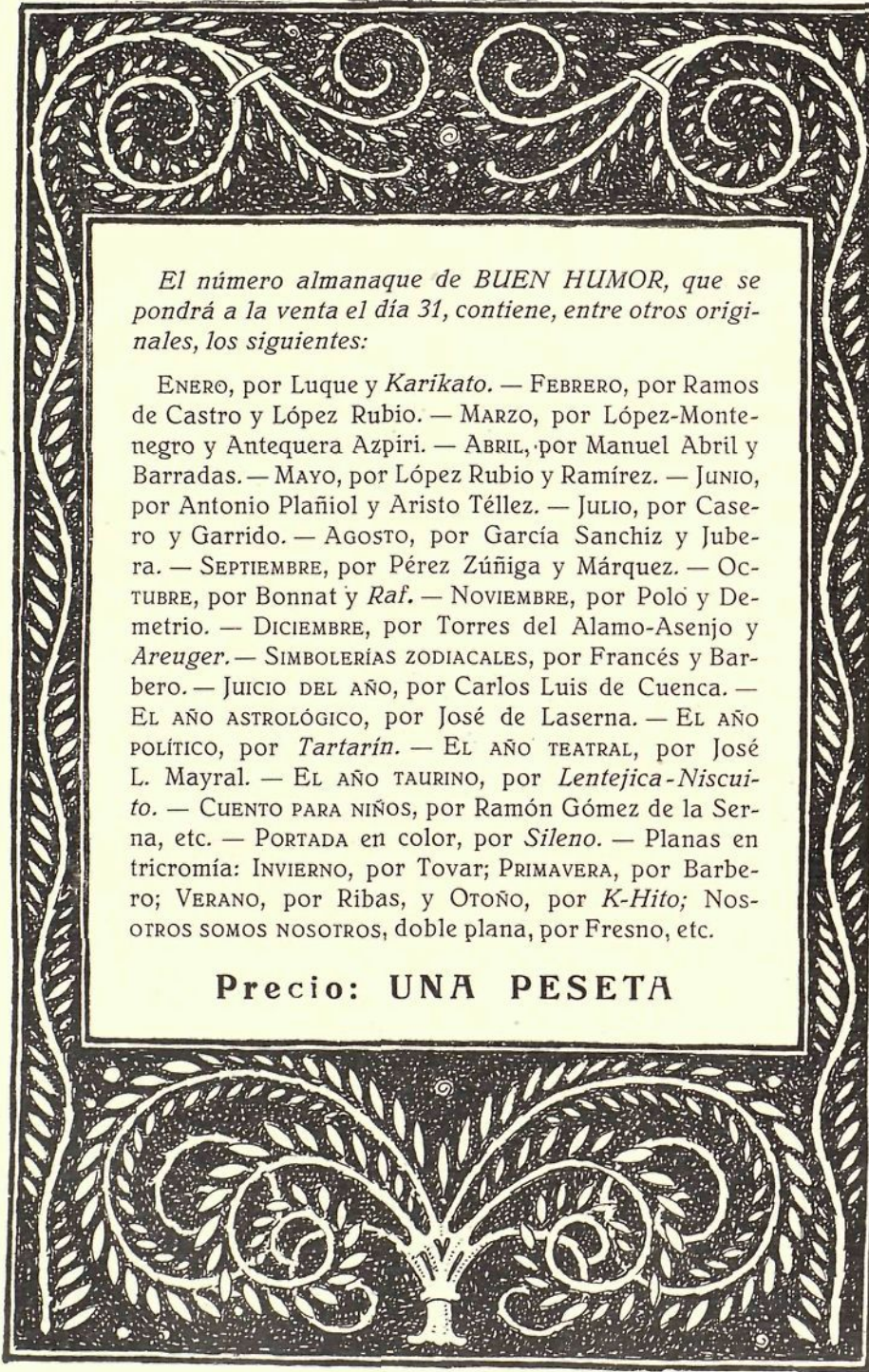
El Sol dora los racimos.



El Sol arroja sus últimos rayos.



El Sol se acuesta.



El número almanaque de BUEN HUMOR, que se pondrá a la venta el día 31, contiene, entre otros originales, los siguientes:

ENERO, por Luque y *Karikato*. — FEBRERO, por Ramos de Castro y López Rubio. — MARZO, por López-Montenegro y Antequera Azpiri. — ABRIL, por Manuel Abril y Barradas. — MAYO, por López Rubio y Ramírez. — JUNIO, por Antonio Plañiol y Aristo Téllez. — JULIO, por Casero y Garrido. — AGOSTO, por García Sanchiz y Jubera. — SEPTIEMBRE, por Pérez Zúñiga y Márquez. — OCTUBRE, por Bonnat y *Raf*. — NOVIEMBRE, por Poló y Demetrio. — DICIEMBRE, por Torres del Alamo-Asenjo y *Areuger*. — SIMBOLERÍAS ZODIACALES, por Francés y Barbero. — JUICIO DEL AÑO, por Carlos Luis de Cuenca. — EL AÑO ASTROLÓGICO, por José de Laserna. — EL AÑO POLÍTICO, por *Tartarín*. — EL AÑO TEATRAL, por José L. Mayral. — EL AÑO TAURINO, por *Lentejica-Niscuito*. — CUENTO PARA NIÑOS, por Ramón Gómez de la Serna, etc. — PORTADA en color, por *Sileno*. — Planas en tricromía: INVIERNO, por Tovar; PRIMAVERA, por Barbero; VERANO, por Ribas, y OTOÑO, por *K-Hito*; NOSOTROS SOMOS NOSOTROS, doble plana, por Fresno, etc.

Precio: UNA PESETA

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA SONÁMBULA, por Henri Jousset

El viejo Tom Sockless gozaba de una fortuna considerable. Poseía tres hoteles en las más aristocráticas avenidas de Nueva York, cuatro casas de campo a las orillas del río Ohío y una legión de sirvientes para ejecutar hasta sus menores caprichos. A pesar de esto, estaba muy lejos de ser completamente feliz. Un deseo le quitaba el sueño: era el de saber qué clase de muerte le reservaba el destino.

Sus médicos dieron diferentes opiniones. Uno pretendía que Tom Sockless moriría de resultas de una perioritis tuberculosa; otro afirmaba que sólo un accidente imprevisto podría poner término a la excelente salud de su feliz cliente; un tercero, en fin, aseguraba que se extinguiría al cabo de muchos años, como se apaga una lámpara de aceite.

Pero estas predicciones no llegaron a satisfacer a Tom Sockless, que cierto día confió sus desazones a su querido sobrino James Cockney.

Este James Cockney era el más firme bebedor de *whiskey* que pudo existir en Nueva York. Como no tenía un cuarto, vivía a expensas de su tío, con la impaciencia natural de todo heredero único de un millonario.

Al enterarse de las opiniones contradictorias de los doctores, James Cockney exclamó:

— *All right!* ¡Esto se puede arreglar!

Y sacando del bolsillo un papel arrugado se lo ofreció al tío.

Tom Sockless leyó el anuncio, que decía:

«Madame Delphine, la más célebre de las sonámbulas con título oficial. Honrada con la confianza de SS. MM. los Emperadores de Alemania y de Rusia, y los Reyes de Inglaterra, Italia, Noruega, etc., etc., así como del Presidente de la República Francesa. — París, 250, rue Lepic (primer piso, con entresuelo).»

— *Very well!* — dijo simplemente —. Saldremos de Nueva York dentro de una hora para París.

Cuando madame Delphine (la más célebre de las sonámbulas con título oficial, honrada con la confianza, etc.) vió entrar a los dos americanos en su piso de la calle de Lepic, su olfato profesional le reveló inmediatamente la posición social de los visitantes.

— Son quinientos francos la consulta — dijo con afectación.

— *All right!* — respondió Tom So-

cklen con flema, depositando la cantidad sobre una mesa.

— En estas condiciones — respondió la vidente —, podemos empezar la sesión ahora mismo.

Entonces tomó James la palabra.

En un discurso claro y conciso expuso que su tío había atravesado el Atlántico con el sólo fin de oír de los autorizados labios de la ilustre madame Delphine la manera, buena o mala, de que había de abandonar este mundo.

Madame Delphine asintió, se retrepó en la butaca y pareció adormecerse.

Hubo unos instantes de completo silencio.

Al fin, los labios de la sonámbula se entreabrieron para dejar salir estas palabras hieráticas:

— Veo al Espíritu, veo al Espíritu que ha acudido a la llamada para hablar al noble anciano de la gran América...

— *Very Good!* — murmuró Tom Socklen.

— No interrumpa al Espíritu, tío — exclamó James —. Es muy tímido, como usted sabe.

— He aquí lo que dice el Espíritu — prosiguió la vidente —. Dice que el noble anciano encontrará la muerte en una batalla, y que nada hay que pueda evitar lo que está decidido por el Sobe-

rano Señor de los hombres, de los animales y de las cosas.

Habiendo pronunciado estas palabras, madame Delphine se despertó visiblemente fatigada.

— Pero — dijo — es absolutamente imposible que mi tío muera en una batalla: no es ni será jamás soldado...

— ¿Qué quiere usted que yo le haga? — objetó tranquilamente la sonámbula —. Además, ya lo verá usted... El Espíritu no se equivoca jamás.

— ¿Jamás? — preguntó Sockless.

— Jamás — afirmó solemnemente madame Delphine.

— *All right!* — exclamó entonces el millonario —. Si la predicción se realiza, yo me comprometo a dejarte, en mi testamento, la mitad de mi considerable fortuna.

Y sin oír las frases de agradecimiento de la adivinadora, Tom Sockless salió de la casa, seguido de su sobrino James Cockney.

El viejo yanqui, fiel a su promesa, fué a casa de un notario para entregarle un testamento condicional, en el que designaba a madame Delphine y a James como sus herederos. Arreglado este asunto, decidió quedarse unos días más



EL MINISTRO DE MARINA

Dib. BELLÓN. — Madrid.

UNO. — Y usted, señor ministro, ¿en qué puerto se embarcó la vez primera?

EL MINISTRO. — ¿Yo?... ¿Yo?... ¡Ah, sí!... En el puerto de Navacerrada...

en París, a fin de ver las curiosidades mencionadas en las guías.

Una tarde, cuando regresaba a su hotel, fué presa de un malestar súbito, seguro indicio de una muerte próxima.

Avisados por teléfono, doce celebridades médicas se encontraron reunidas a la cabecera de la cama del viejo, que comenzó a agonizar. Llegó madame Delphine, que James envió a buscar en automóvil a la calle de Lepic, y un notario que el sobrino mandó llamar, para que, al ocurrir el fatal desenlace, pudiese hacer constar legalmente la muerte repentina, pero natural, del infortunado Tom Sockless.

— *All right!* — dijo entonces James Cockney frotándose las manos —. Como el Espíritu es un embustero, yo voy a heredar solo.

La sonámbula no contestó.

Mientras tanto, el médico que había llegado primero reconoció al enfermo y declaró gravemente:

— Dentro de un cuarto de hora habrá muerto este hombre.

— Pues yo creo que puede salvarse — respondió otro.

— Pero ¿no ve usted que ha sido víctima de una apoplejía fulminante? — respondió un tercero.

— ¡Vamos! ¡Están ustedes locos! Yo creo que el enfermo muere a causa de la rotura de un aneurisma — respondió un cuarto.

— ¡Usted no sabe lo que se dice! — gritó el quinto encogiéndose de hombros.

— ¡Son ustedes unos animales! — afirmó de pronto uno que hasta entonces no había tomado la palabra.

Pero un puñetazo que uno de sus camaradas le asestó en las narices, le impidió seguir adelante.

Esta fué la señal de la lucha. Los doce médicos se precipitaron los unos contra los otros. Los puñetazos caían sobre



Dib. CUESTA. — Madrid.

— ¿Por qué quiere usted marcharse de casa?

— Porque dice la doncella que soy una soplona.

las nuca, las patadas iban certeramente dirigidas a las espinillas, las bofetadas crujían en los carrillos. Puñados de pelos volaban por el aire. Los gabanes caían al suelo. Volaban los paraguas por el espacio.

Y mientras tanto, el bueno de Tom Sockless se moría tranquilamente falto de cuidados.

¡Caray! Lo que el Espíritu había predicho por medio de madame Delphine se realizó puntualmente, porque, en el período más álgido de la refriega, el alma del pobre millonario se separó del cuerpo.



James Cockney tuvo la idea de hacer desaparecer el testamento de su tío; pero el notario tomó muy a pecho el cumplimiento de la voluntad del difunto. Entonces, James consideró que, al fin y al cabo, la suma de cincuenta millones le permitía gozar de una existencia feliz.

En cuanto a madame Delphine, ésta decidió retirarse al campo a vivir de sus rentas. Pero he aquí cómo no pudo gozar de su suerte. El día que salió por última vez de su casa de la calle de Lepic, una chimenea empujada por el viento le cayó sobre el cráneo, causándole la muerte.

La pobre sonámbula no había podido, desgraciadamente, prever este inopinado y funesto accidente.

A. R. H.

NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

FALLO DEL JURADO

En cumplimiento de la misión con que nos ha honrado la Dirección de BUEN HUMOR, hemos examinado escrupulosamente los ciento cuarenta y ocho originales recibidos, y después de concienzuda deliberación hemos tomado los siguientes acuerdos:

1.º A juicio de los firmantes, ninguno de los trabajos presentados reúne méritos suficientes para que le sea adjudicado el premio único de 200 pesetas. No obstante, teniendo en cuenta el deseo expresado por la Empresa de BUEN HUMOR de que, a ser posible, no fuese declarado desierto el Concurso, y atendiendo al mérito relativo de varios originales, proponemos que el premio de 200 pesetas sea dividido en tres partes y adjudicado en la forma siguiente:

100 pesetas al trabajo titulado *El domador* (número 83; lema, «Actuario»).

50 pesetas al titulado *El cuento de un raciocinador* (número 114; lema, «Daubenton»).

Y 50 pesetas al titulado *El niño mudo* (número 84; lema, «Troika»).

2.º Proponemos también a la Empresa de BUEN HUMOR la adquisición y publicación de los originales números 121 (título, *Un amor muy siglo XX*; lema, «Snobismo»), 127 (título, *El infatigable Greenford*; lema, «To be or not to be»), 128 (título, *El prodigio*; lema, «Artimon») y 137 (título, *Un invento maravilloso*; lema, «Ya lo sé»).

3.º Hacemos constar que el trabajo número 147 (título,

Prueba documental; lema, «Uno de los cuarenta») lo estimamos digno de mención y de publicación; pero el venir el original acompañado de la indicación de que aspiraba al premio único, nos ha impedido el tenerle en cuenta en nuestro fallo a pesar de sus indudables méritos.

Abiertos los sobres correspondientes a los tres trabajos premiados, resultan ser autores:

Del titulado *El domador*, D. José Rodríguez Ortiz, de Portugalete (Vizcaya).

Del titulado *El cuento de un raciocinador*, D. Pedro Caravia Hevia, de Madrid.

Y del titulado *El niño mudo*, D. Sindulfo de la Fuente, de Madrid.

Y lamentando que el éxito del Concurso no haya correspondido a las esperanzas puestas en él, firmamos la presente en Madrid, a 12 de diciembre de 1922.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

ERNESTO POLO.

BUEN HUMOR felicita a los autores premiados, y ruega a los señores cuyos trabajos se mencionan en el párrafo segundo pasen por esta Redacción con el fin de dar su conformidad respecto a las condiciones de adquisición de los originales recomendados por el Jurado.

¡Milagro, señor, milagro!

La otra noche, a eso de las diez, volví yo de comprar los turronecillos para celebrar con toda solemnidad la cena de Nochebuena.

Pensando en la alegría de mis chiquillos cuando me vieran llegar con tan dulce carga, no hacía caso de cuanto sucedía a mi alrededor; pero al llegar a la puerta de mi casa, observé algo que, por lo inusitado, me obligó a abandonar mis pensamientos.

En el rincón más oscuro del portal, un individuo leía tranquilamente el periódico; al ruido de mis pasos volvió la cabeza, y al verle la boca lo comprendí todo, como en las novelas por entregas. Por algo dice el pueblo que las cosas más brillantes son: los zapatos de charol, la oratoria de D. Melquiades, un arco voltaico y una dentadura limpiada con Sanolan.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

E. C. Madrid. — Lo que le sobra en el apellido le falta en la literatura.

Chu-ka-fu. Madrid. — Abusa de los chistes malísimos.

E. S. y S. Madrid. — Es un asunto conocido. De versificación está muy suelto y muy bien. Haga usted otras cosas.

F. V. Cartagena (Murcia). — No sirve.

Fevalmo. — J. de T. Madrid. — Ras. Málaga. — Rata. — F. S. A. Sevilla. — F. G. M. — No sirven sus dibujos.

Escudero. — Aceptado uno.

Rasgos. — Sardina. — L. M. A. Madrid. — J. M. A. Granada. — R. M. G. Baruelo. — Josep. Barcelona. — T. No. Sevilla. — Chin-ba-fé. — Mendoza. — No sirven tampoco.

E. D. — Ese chiste ya lo hemos publicado nosotros, amigo.

M. H. P. Madrid. — ¿Un dibujo calcaado de Gascón y firmado por usted? Es usted tonto de la cabeza, ¿no?

I. G. Valencia. — Dibujos muy flojos,



Dib. DE DIEGO. — Madrid.

— ¿Ha visto usted qué orgulloso es don Cosme, el dueño de la fábrica?
— ¡Ay, no me hable usted!... ¡Es un señor con muchos humos!...

con chistes de una respetable ancianidad. No sirven.

Rojas. — L. D. El Escorial. — Se publicarán.

A. S. Madrid. — M. K. — Aceptado uno. Nitú. — Idem id.

M. C. M. Madrid. — R. G. D. Castellón. — R. R. Madrid. — F. M. Santander. — Illana. — O y C. Valladolid. — L. G. S. y V. — L. G. S. y L. — G. A. Sevilla. — Yelum. — Pando. — Abaito. — Sellengra — Bill. — J. P. Madrid. — No sirven.

Luis. — A. R. A. Madrid. — El C. de B. — F. A. F. B. Madrid. — R. R. M. Madrid. — Zen-Fao. — C. S. — Villalba. — Tampoco sirven, y ¡vive Dios que lo sentimos!

Baldomerito. Barcelona. — ¿Qué duda cabe? Nos puede usted embiar todos los chistes que quiera, que ya aprovechare-

mos la ocasión de publicarlos en nuestra sección *El buen humor del público*. Estos dos tienen gracia. Éxitos y pesetas.

Olmeda. Madrid. — Aunque el asunto vale poco, hay detalles muy afortunados. Siga usted trabajando, y envíenos cosas más meditadas.

Luis Igor y Eugenio Iñigo, del batallón de Radiotelegrafía de Campaña, de Melilla, en Tizzi-Azza, desean un par de madrinas de guerra entre las simpatísimas lectoras de BUEN HUMOR.

Por este anuncio no cobramos de ninguna de las dos partes más que lo que sea la voluntad.

A. M. V. Valencia. — Llegó tarde. Estaba el número compuesto.

C. V. C. Valladolid. — Como usted verá, una vez fuera de la Dirección de Policía el funesto Millán de Priego, huelgan sus modestos rípios.

Secuencia. Madrid. — Muy gastado.
B. Y. V. Portugalete (Bilbao). — No sirve.

J. M. C. — Nunca comprenderemos si es usted un tonto o un hombre que nos está tomando el pelo. Sus cuentos no tienen pies ni cabeza, ni objeto ni razón de ser.

Julianchu. Zaragoza. — También usted nos causa verdadera perplejidad. El chiste de la puerta cerrada, el de las niñas y algún otro, son estupendos. El cuento es idiota, sencillamente, y nos hace temer por el funcionamiento de su cerebro.

Deagustín. Madrid. — Es usted peor que malo.

Mister Carambita. Barcelona. — ¡Qué infame! ¡Pues no nos envía quince cuartillas de letra apretada!... ¡No nos faltaba otra cosa!... ¡A la cárcel, a la cárcel ese hombre! Mándelo reducido a su *más mínima* expresión. No nos enfadamos si nos manda el papel en blanco.

R. C. Ll. Castellón. — ¡Inédito su epigrama? ¡Por muchos años!

F. M. y M. C. Sevilla. — No somos responsables de la originalidad de los chistes que publicamos. Eso, a sus autores.

G. de A. Portugalete (Vizcaya). — No lo entendemos. Seremos muy brutos.

Cuco. Valladolid.

«Ayer, al salir el sol,
bajé de la sierra, y vi
un grillo sobre una col,
con guantes y corbatín,
afeitando a un caracol.»

¡Que Dios le conserve la vista!
Casimiro de la Brevia. Madrid. — ¡Hombré!... Le diré a usted... La versificación está bien, aunque algo monótona. Haga usted cosas más ligeritas y más agudas. Como principio, está bien. No ha llegado a eso D. Miguel Echegaray, a pesar de ser académico de la Española. Servidor de usted, y a sus órdenes.

F. E. Málaga. — Ya conocía yo su obra. La tengo en casa. Verá usted... Bueno; como es una larga historia, la dejaremos por ahora. Ya nos conoceremos personalmente. ¿Qué quiere usted que le diga? En verdad, me parece, en efecto, ¡la locura! Con un poco más de equilibrio no excesivo, un poco también de lectura sana y fuerte, optimista, alejarse de Hoyos y demás gente de pluma, y con una portada

JOVEN

Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano, El sacrificio, La falda corta, La Cirriaca, La suerte de Margot, Mi rayito de sol, Así la vi pasar, El castillo de Quirós, Canto arriero, Mi hombre, Amor japonés, Versallesca y Soldado español.*

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

mejor hecha, puede usted hacer un buen libro. Hay que madurarse; se lo dice a usted quien todavía no lo ha conseguido.

Figarito Sevilla. — Hace usted notables progresos. Adelante.

Samot. — Gómez Alfonso. — *Luis R.* — *Zabala.* — *Celso.* — *Raa. Melilla.* — *Gau-*

En este tiempo es difícilísimo oír las funciones por la abundancia de catarrosos que concurren a los teatros. ¡Otra cosa sería si antes de salir de casa tomaran Jarabe Orive!

zo. — *M. F. Sevilla.* — *C. H. Sevilla.* — No sirven.

J. A. — No sirve su dibujo.

Cantos. — Por un lado, nos envía usted un dibujo malo, con un chiste que está bien, pero que da la casualidad que hemos dado ya nosotros. Los otros dos son malos, definitivamente.

T. E. Madrid. — ¿Para qué nos manda

su dibujo a todo color? ¿Es que tiene usted la candidez de creer que vamos a darlo como portada?

Chilón Chilónides. — ¿Quo Vadis con esos dibujos tan malos?

Teótimo. Toledo. — No sirve, amado Teótimo.

Droki. — ¡Qué malo es usted dibujando, hijito!

Godínez. — *M. M. A. Sevilla.* — *Marher. Logroño.* — Aceptado uno.

Garna. Madrid. — ¿De qué periódico inglés ha copiado usted ese dibujo? ¿Eh?

Angama. Madrid. — Por ese camino no va usted a ninguna parte.

P. A. Madrid. — *Deseharía* que no nos enviase más dibujos como el que se *honrra* en enviarnos. Si fuese a la escuela, no perdería el tiempo como haciendo dibujos, no.

F. de S. Porcuna (Murcia). — Para su gobierno, le diremos que, en el plan de hacer sus caricaturas como las de Cilla, no va usted a ninguna parte. Y haciendo sobres de tan mal gusto, tampoco. Modernícese, o perezca.

Tomasín. San Sebastián. — Los chistes, menos mal. Los dibujos, de ninguna manera.

Eli. Barcelona. — ¿Consejos? Que aprenda usted a dibujar, sencillamente. Conseguido esto, tiene usted conseguido todo.

Carlos. — Ninguno de los dos.

Tormo. Madrid. — *Cardito. Salamanca.* — *Pereda. Madrid.* — No sirven.

Pipo. Madrid. — Tampoco sirve.

Arrayao. Ocaña (Toledo). — Muy malo.

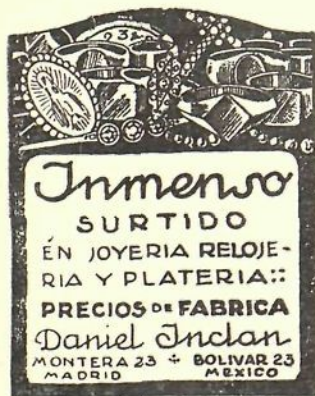
Baró. Madrid. — *Brevia. Nador (Marruecos).* — *Oroki. Madrid.* — No sirven. El último de todos, además de no saber dibujar, cosa perdonable, es de una grosería y de un mal gusto notables.

C. S. E. — Ese chiste ya lo conocemos todos.

E. G. — Los de los *nuevos ricos* y los de los que no lo son, no sirven.

Pepe. Avila. — De los dibujos que nos ha enviado usted, nos quedaremos con el de la misa. Los otros no nos sirven, sobre todo el que está tomado el chiste de otro dibujo de Robledano.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID.



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. de ESPLANDÍU.—Madrid.

¡Es igual!

Ayuntamiento de Madrid

LA TRAPERA.—Señorito; si alguna mañana no viene la modelo... yo podría servirle.